

qué dificultades no se les ofrecen! Su salud débil y quebrantada; su cuerpo extenuado y rostro macilento; su escaso conocimiento en la lengua latina; su estado de viudo; y su edad de 40 años; reparos son que los asustan, y hacen titubear sobre si será bueno para algo en el servicio de la religion. Pero cómo es posible que no lo sea? ¿No es Alfonso Rodríguez aquel varon marcado ya con la señal del Cordero, en cuyo favor se explica el cielo con prodigios bien singulares? En su niñez ve absorto y estático la grandeza y elevacion de sus virtudes. Cuando reza á María su santísimo rosario, á cada Pater noster se le muestra en el aire una rosa encarnada, y á cada Ave María otra blanca de igual belleza y fragancia. En el día de la asuncion de la Virgen su alma inocente es presentada por manos de esta Señora al divino Padre. Se le manifiesta la rebelion de los moros de Granada, con la vista de alfanjes desnudos teñidos en sangre, y de la desolacion y profanacion sentadas en el lugar santo. Se le promete el completo triunfo de sus enemigos bajo la bella metáfora de una terrible y sangrienta batalla, en que ciertos animales son vencidos y destrozados por una blanca paloma, que lleva escrito en su pecho con caracteres hermosísimos el santo nombre de *Jesus*. San Francisco de Asis y el Ángel Custodio se le aparecen... Pero ¿tan largo catálogo de prodigios no manifestará hasta la evidencia, que el cielo le destina para la Compañía, y que ninguno mejor que Alfonso se ha presentado con derechos mas indubitables para ser admitido en ella? El oráculo del Señor le asegura que se cumplirán sus designios; y el provincial, movido de impulso superior, dice resueltamente á aquel respetable congreso: *si para nada es bueno Alfonso, será bueno para hacerse santo*; y escribe su nombre en el libro de los hermanos coadjutores temporales de la Compañía, y es contado entre los hijos de Loyola.

Yo te saludo, ó Compañía de *Jesus*, en este para ti tan venturoso día. Este árbol que ha de arraigarse en tu fecundo suelo, frutos te dará de honor y bendicion. A la dulce memoria de los Franciscos Javieres y Borjas, Luises Gonzagas y Estanislaos de Kosca, añadirás la de este ilustre campeón, que brillará en tu emisferio como resplandeciente estrella. Despues de los dias de tu humillacion y abatimiento, te cubrirá con el manto de honor y de gloria. Señálale con caracteres de oro en los anales de tu historia, y trasmite á las generaciones venideras

este monumento de tus grandezas y de las bondades del Señor.

Gozoso ya Alfonso Rodríguez por ver plenamente satisfechos sus deseos, y por verse adornado con las insignias de jesuíta, en cuya estima suben y valen mas que los ricos atavíos con que fué adornado Jacob, y la rica y preciosa diadema con que se coronó Salomon en su advenimiento al trono; desplega todas las velas de su fervor, y comienza en Valencia á dar lecciones prácticas de virtud, no de un novicio en el principio de su carrera, sino de un perfecto y consumado religioso. Pero para ti, ó Mallorca, ha destinado la Providencia á ese santo, que trasplantará en tu recinto las fecundas semillas de hermosas virtudes. Pronto á la voz de su superior pasa al colegio de Montesion de aquella isla, para santificarlo con su presencia y distinguirlo con sus virtudes. Recíbele con los brazos abiertos, pues es una nave cargada de ricas mercancías que felizmente arriba á tus puertos, y lleva escrito en su estandarte el anuncio de salud y de vida. Yo me congratulo contigo por tu feliz y dichosa suerte. Aunque no le hayas visto nacer, tuyo es, porque por espacio de cuarenta y seis años le alimentaste. No te le arrancarán las vivas y eficaces instancias del beato Juan de Ribera, arzobispo de Valencia, de sabios y virtuosos visitantes de esta provincia, y de otras distintas personas de graduacion y mérito del continente. Dentro de los muros de tu capital consumará su gloriosa carrera, para dispensarte desde el cielo su amparo y proteccion.

Unido de nuevo Alfonso Rodríguez con su Amado con los votos solemnes de religion, y ligado con nuevos empeños por la profesion que ha abrazado, no hay que esperar afloje un ápice en el cumplimiento de sus deberes. Establece por principio fundamental de su conducta, que no es lo mismo vivir que santificarse en los claustros; y que el divino Salvador, desnudo, adolorido y afijado con clavos al madero de la cruz, debe ser el modelo por do debe dirigir sus pasos. Entónces ¡qué denodados esfuerzos no se observan en este fervoroso atleta, para sujetar y domar sus pasiones y alcanzar la palma de la victoria, concedida solamente á los que triunfan de sí mismos y de su amor propio! Reconcentrado en su corazon, halla en su persona los motivos de humillacion y abatimiento. La amarga memoria de sus pecados, en que se ocupa cada dia por espacio

de una hora, le confunde y anonada á la presencia de Dios y los hombres: le arranca vivos sentimientos de compuncion, olvido y menosprecio de sí mismo: le estimula al continuo estudio de su propio conocimiento, en que aprende santas lecciones de humildad profunda: se juzga indigno de habitar en los tabernáculos de Sion; y huye, como de ponzoña maligna, de toda señal de estima y aprecio. Se apropia los humillantes apodos con que se abatian los santos: increpa á los elementos de que quieren presentarse al servicio de esta miserable criatura: luego de recibir alguna carta, borra su firma, porque jamas se venga en conocimiento de las personas de carácter que le honraban con su confianza: á todos aprecia, á todos respeta, ménos á sí mismo.

Mas todavía le estaba reservada á Alfonso la prueba mas costosa, y de que mas se resiente nuestro orgullo y vanidad; la humillacion y abatimiento público. Mándale el superior que en el refectorio, ante los padres allí venidos, diga lo que bien le pareciere sobre el asunto espiritual que escogiese. Entónces fué cuando se oyeron de su boca las palabras de sabiduría celestial, que solo infunde el Espíritu santo: profundos conceptos, sana doctrina, racionios exactos sobre las mas elevadas materias de teología. ¡Cuánta uncion, cuánto celo y fervor en sus sentencias! Con qué claridad explica los textos de las Escrituras! y con qué oportunidad los aplica! Rebosa en su semblante el amor que abrasa sus entrañas; y se conoce que solo un Crucifijo es el libro que ha estudiado. ¿Cómo, se dirian entónces los padres que atónitos y suspensos le escuchaban, ¿cómo así se produce ese hermano coadjutor, cuando casi son ningunas las letras que ha aprendido? ¿No es verdad que sentíamos arder nuestro corazon, miéntras razonaba, é inclinaba nuestra voluntad á santos propósitos de virtud y desprendimientos del mundo? Pero por lo mismo que tan elevado concepto se ha merecido Alfonso por el cabal desempeño de su fervorosa plática, quiere probar el superior los quilates de su virtud; y despues de haberle despreciado públicamente, le manda que al momento postrado en tierra bese los piés de aquellos venerables religiosos.

Pero suspende por un instante, sabio y prudente prelado, la ejecucion de tus preceptos. Observa que el que así va á humillarse y abatirse á los piés de todos, es aquel venerable varon,

que en medio de prodigios y maravillas le ha traído Dios á la Compañía para su grandeza y ensalzamiento; que á su voz obedecen los elementos, calmando una furiosa tempestad; y ceden las enfermedades mas peligrosas, curando á dos hombres de una fiebre maligna, y á un caballero herido de un pistoletazo. Observa que de ese Alfonso Rodríguez solicitan y ansian la amistad y confianza los arzobispos de Valencia, los vireyes y obispos de esta capital: que todas las personas de talento y virtud acuden á oír sus exhortaciones en las conferencias espirituales; y que esos tus mismos religiosos, unos le deben el fervor en la piedad, otros la resolucion en sus dudas, y todos el aprovechamiento espiritual. Observa que por sus ruegos y oraciones dos jesuitas apaciguan los disturbios y alborotos en una poblacion numerosa; otro predica con fruto una cuaresma en la catedral; y otros navegan felizmente á los puertos del continente: que á estas mismas oraciones es deudora la Compañía de los Morantas, Custureres, Ollers y Sauras que la han honrado con el martirio y su heroica santidad; la Cartuja del virtuoso y sabio Valperga; y todas las religiones de miembros útiles y ejemplares. Observa que ese Alfonso, que vas á humillar, es un siervo querido de Dios, cuyas injurias sabe vengar con ruidosos y ejemplares castigos; á cuyo entendimiento infunde claros conocimientos del porvenir, anunciando á unos las desgracias que habian de experimentar, y á otros los ascensos y dignidades que habian de obtener; y á cuyo corazon tan de lleno se comunica, que despide rayos de luz de su semblante, y se eleva en éxtasis profundos á la contemplacion de su Amado. Observa... Pero no opongamos reparos, señores, á lo dispuesto por Dios, que ordena la humillacion y abatimiento de sus siervos á su mayor gloria y engrandecimiento. Alfonso Rodríguez cumple no solo con sumision, sino con gozo y alegría de su alma, el precepto que se le ha impuesto; y derrocado por tierra aquel anciano venerable abraza cariñosamente los piés de los religiosos, los besa con ternura, los aprieta á su pecho, y los baña con lágrimas de humildad y confusion. Ahí está, les diria, el que no merece otra cosa que ser pisado y hollado de todos; el que deshonra la sotana que viste; y que solo tiene aliento para suplicaros que le ayudéis con vuestras oraciones para su enmienda y correccion. Qué espectáculo tan tierno, señores! Lágrimas por cierto arrancaria entónces de los

ojos de aquellos espectadores, cuando ahora solo su recuerdo conmueve nuestro corazón.

Pero si tan heroicos ejemplos de profunda humildad, que os he referido del beato Alfonso Rodríguez, han llamado vuestra piadosa atención, no la arrebatará ménos, si pongo á vuestra vista el hermoso cuadro de las otras brillantes virtudes que practicó. Ignacio, su santo fundador, desea que sus hijos sean obedientes; y Alfonso obedece ciegamente á sus superiores, los respeta con sumision y profundamente se inclina á su presencia; mira en ellos la imágen de la Divinidad, á quien obedecen todas las criaturas del cielo y de la tierra; jamas opone reparo ni dificultad á sus órdenes, ejecuta con prontitud y gozo sus preceptos. Si por ejercitarle, le despiden del colegio por inútil y embarazoso, inclina su cabeza y se marcha: si le mandan que se vaya á las Indias, tan pronto, sin preguntar ni en qué puerto ni en qué nave se habia de embarcar, se dirige á la portería, para que le franqueen el paso: mi Dios y Señor mio, decia, voy á hacer lo que vos me habéis mandado, porque solo el que cumple vuestra voluntad, es vuestro padre, vuestra madre, y vuestro hermano (1). Ignacio quiere que sus hijos sean pobres; y Alfonso se abraza con la pobreza, hace alianza eterna con ella, y la escoge para su herencia y patrimonio. Los vestidos rotos y andrajosos son el manto de gala con que cubre su cuerpo, aún en los dias de mayor solemnidad, y una silla, un santo Cristo y una imágen de la Virgen son los preciosos muebles que adornan su aposento. Ignacio quiere que sus hijos sean mortificados; y Alfonso renueva en su persona los ejercicios laboriosos de penitencia que asombraron á la Nitria y la Tebaida; descarga sobre su cuerpo sangrientas disciplinas; lo extenua con continuos ayunos; lo raja con agudos y punzantes cilicios; é inventa maneras nuevas con que mortificarlo y abatirlo. Ya le niega el sueño preciso para su descanso; ya hace pacto con sus ojos para no abrirlos jamas á objetos exteriores y sensibles; y ya rehusa á sus sentidos la mas mínima satisfaccion. Ni apaga la sed en medio del calor mas excesivo; ni sacude los animales é insectos que le incomodan; ni en medio de sus continuos achaques y enfermedades busca consuelo y alivio alguno. El hambre que le devora de mas padecimientos y

(1) *Matth. c. 12. v. 50.*

trabajos, le hace prorumpir en sentidos llantos, y suplicar á un hermano suyo, que quiera ayudar á sus trémulos brazos, para rasgar otra vez aquella carne santificada tantas veces con la uncion del Espíritu santo. Ignacio desea que sus hijos...

Pero no es dado al corto espacio de tiempo que se concede á un panegírico, el hacerlos una larga enumeracion de las otras virtudes que adornaron el alma de Alfonso. Entónces qué cosas grandes pudiera deciros! Os diria que el celo por la gloria de Dios y salud de las almas le devora y abrasa sus entrañas, cuando desea que el santo nombre del Señor sea glorificado y conocido en toda la redondez de la tierra; y cuando sus súplicas alcanzaron la conversion de un pecador, que en las agonias de la muerte le injuriaba y blasfemaba. Os diria, que la caridad con el prójimo le impele, tan pronto á los umbrales de este colegio á enseñar á los niños los rudimentos de la fe; tan pronto á la cabecera de la cama de los enfermos, para consolarlos y ayudarlos en sus dolencias; y tan pronto á los hospitales, en donde se ofrece y ocupa en el servicio de los apestados. Os diria, que Jesus sacramentado era el iman que á todas horas atraía su corazón, que se postra profundamente en su presencia y se derrama en amorosas efusiones; que su devocion á la Virgen era extraordinaria y casi sin ejemplar, principalmente al dulce misterio de su inmaculada Concepcion; que la honraba con su santísimo rosario, y llamaba con los dulces nombres de madre, abogada y protectora. Os diria, que su sabiduría era toda celestial, aprendida solamente en la escuela del Espíritu santo; y en sus escritos se admiran y celebran, juntas á la pureza de la diction, la uncion y claridad de las Teresas y Juanes de la Cruz. Os diria, que su amor á Dios... Pero ah! su pecho era un volcan, un Etna que se abrasaba con los voraces incendios de la caridad. Lo contempla en el silencio de la noche; lo llama en el secreto de su corazón; suspira por él en todas partes; lo abraza, lo acaricia, lo estrecha, y protesta solemnemente que nada hay capaz de apatarle del amor de Jesucristo.

Ó gran Dios! así se cumplen los designios que habéis formado sobre vuestro siervo escogido, y así corresponde este á las voces de vuestro llamamiento. Amparadle, Señor, y no queráis abandonarle á ser presa de sus enemigos. Si estos en el furor de su demencia le insultan, aterrádlos, confundídlos para siempre. Conózcase, Señor, que vuestro brazo todopoderoso le sos-

tiene, ya cuando, asechando á su vida, le echan abajo dos veces de una alta escalera; ya cuando, para impedirle su oracion, le asaltan con dolores agudos que roen sus entrañas; y ya cuando, para apartarle para siempre de vos, le arrastran por el suelo, le pisan, le magullan y le atormentan con ardientes llamas de fuego. Sed su ayuda y guardador: que camine sin lesion sobre el áspid y el basilisco, y que las dulzuras de vuestro amor hinchen su corazon de consuelos celestiales.

Si; le consolará el Señor, y resolverá sus dudas por medio de un Crucifijo que le habla: calmará sus escrúpulos con un ósculo de paz: se le manifestará en la comunión en forma de un niño bello y resplandeciente: verá, circuído su cuerpo de luces brillantes, la cara hermosa de Jesucristo; al mismo divisará en el pecho de sus hermanos; y se le presentará al lado del Evangelio, cuando ayuda al sacerdote en la celebracion del sacrificio. Pero ¡qué extension no podríamos dar á las finezas que dispensa el empíreo á este siervo escogido! Todos sus celestiales moradores se ponen en movimiento para tributarle sus obsequios y prestarle sus homenajes. La santísima Virgen, su reina y soberana...

Pero olvidad por un momento que en lo mas crudo de sus combates, le dice que no tema, que ella está á su lado para defenderle; que le admite á su grandioso triunfo en el día de su asuncion gloriosa; y que le revela los arcanos escondidos y preciosos de su corazon. Y atendéd solo á que Alfonso Rodríguez, subiendo al castillo de Bellver seguia á paso lento á su compañero, rezando el santísimo rosario á la que era el iman de sus potencias; y que su avanzada edad, la subida de aquel monte y lo caloroso de la estacion hicieron que no pudiendo seguir, se vió precisado para tomar aliento á sentarse á la mitad del camino. Entónces fué cuando mirando esta Señora con ojos compasivos y cariñosos á su siervo querido, baja del cielo, do tiene su morada, y con sus mismas manos celestiales enjuga con un lienzo el sudor de su rostro. Qué fineza, señores, tan singular! qué prodigio tan estupendo! qué torrente de gozos inundaria entónces su alma! Alfonso es arrebatado al cielo, rodeada su alma de purísimos espíritus; y allí una mano angélica le presenta una carta ó mapa precioso donde se ve dibujado el contorno geográfico de Mallorca, y señalados los puntos que forman su poblacion; y en esta isla, le dice Jesus, será tu nombre

acatado y reverenciado; y obrarás en ella con mi brazo muchos y grandes milagros. Es tal, señores, la magnitud y grandeza de este prodigio, que excede la fuerza de toda elocuencia; y mal pudiera mi débil voz empeñarse en describirlo.

A vos sea dada la gloria, Dios eterno, que así ensalzasteis á vuestro siervo Alfonso Rodríguez, y le condujisteis por las humildes, pero gloriosas sendas de su vocacion y llamamiento. Que su nombre sea pronunciado con respeto en toda la redondez de la tierra; su memoria recordada entre bendiciones y aplausos, y su santidad venerada por todos los hijos de la Iglesia católica. Amen.